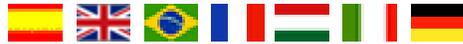


Capítulo 24. Negocio al mayoreo y al menudeo.

El rey de los bolos.



Soy, en el verdadero sentido de la palabra, vivido; sí, dudo con respecto a que pueda hablar de un Yo en mí. En el andén, el desconocido se detuvo y dio la vuelta para ver a Tomás con mucho cuidado. Después, se acomodó el sombrero, y Tomás lo imitó escrupulosamente; en un momento hasta llegó a parecer que tomaba lecciones de formas de saludo con un maestro de urbanidad.

-Schulze -dijo el señor.

-Müller -resonó, pero de inmediato corrigió-: Cielos..., Mundete.

Schulze no se dio cuenta ni del doble nombre, ni de la maldición. -Por cierto, los tipos tenían razón. Nuestra conversación no era adecuada para llevarse a cabo en público.

- Por el contrario -replicó Tomás-, hace falta fuerza para decir a voz en cuello que el amor a uno mismo...

Con un movimiento de su mano, el viajante le cortó a Tomás la palabra. -Basta -le hizo una señal a un maletero y le pidió que llevara su equipaje al hotel El Esforzado Caballero-. Si está pensando quedarse aquí... -se dirigió a Tomás.

-Expresé mi protesta al abandonar el tren -dijo Tomás con orgullo, como si con ello hubiera castigado y humillado al mesero-. Tengo en mente viajar hoy mismo hacia Berlín -hablaba como si fuera un rey de España que acabara de juzgar a un rebelde y retornara a sus negocios de Estado.

-Hoy ya no sale ningún tren -Schulze desaprobó manifiestamente el total desconocimiento de los horarios-. Mañana por la mañana sale a las 6:19 un tren de pasajeros y llega a Berlín a eso de las 10:13. El rápido sale a las 10:04 y arriba a la estación de Berlín a las 12 en punto. Lo mejor será que usted se venga conmigo al Esforzado Caballero. Si yo lo presento, usted conseguirá por muy buen precio una magnífica habitación y una deliciosa pensión, y por las noches la compañía suele ser agradable. Hoy es viernes, entonces es día de bolos. ¿Juega usted a los bolos?

Tomás asintió con un movimiento de cabeza. -Chuzza -dijo. Era lo único que sabía del noble juego.

-Entonces... -El viajante se frotó las manos ante el presentimiento de diversión.

Tomás lo miró de reojo: -Otra vez frotándose.

-Ah, ya deje sus cochinadas por la paz -gritó Schulze impaciente. Avanzó silencioso unos cuantos pasos, luego dijo-: ¿Qué quiso decir con eso de los puros, de los señores que tenían puros en la boca?

Tomás respondió con una contrapregunta: -¿Se acuerda de cómo fuman esas majaderas, a quienes se acostumbra llamar jovencitas? Para dentro, para afuera, para dentro, para fuera.

-Ya entiendo, entiendo. Usted cree que fumar sustituye a otros placeres.

-¿Sustitución? Más bien un simbolismo. El símbolo no es una sustitución, sino que tiene su justificación en sí mismo. Pero, sobre todo, se pueden extraer conclusiones sobre la condición espiritual a partir de la acción de fumar y de la manera de fumar. Fumar por costumbre u ocasionalmente, fumar por la nariz, hacer volutas, dar el golpe, fumar puros, cigarros o pipa: ahí tiene usted una multiplicidad de matices. A fin de cuentas, fumar es una comprobación de que también el adulto es un lactante. Resulta erróneo decir de alguien que es un hombre, ¿cómo puede haber algo más estúpido que el lenguaje? La designación hombre-mujer es esencialmente mucho mejor. Hacia allá apunta, de hecho, el rostro. Divídalo, así tendrá arriba en

la frente y la nariz, el estómago del hombre con su colgajo, y debajo de él, como corresponde, la mujer con sus labios-labios púdicos y la boca como la boca de la matriz y la barbilla como el vientre femenino.

Schulze observaba a su acompañante, entre disgustado y divertido. -¿Y los ojos, y las orejas, qué hace con ellos?

-Los ojos son el niño. Pupila, niña, niña, en el ojo del otro nuestra persona se refleja en forma de niño. El ojo es madre e hijo. Por eso es que yo decía que no bastaba con hombre-mujer, sino hombre-niño-mujer, pero así se excluye a la madre. Y luego hay que añadir a eso el ojo de Dios y el Espíritu Santo y la Santísima Trinidad. El ojo es profundo, un lago, un espejo... allí tiene usted de nuevo el amor a sí mismo, el puro, si así lo quiere. Y hablando de puros, como usted ya sabe, Bismark recomendaba a los diplomáticos fumar; pues afirmaba que fumar era una ventaja, ya que así no tenía que responder de inmediato, sino que podía reflexionar con el pretexto de dar una fumada a su puro. Pero, ante todo, fumar es un medio para mentir. Así se puede uno cubrir la boca, que como a todas las mujeres les gusta mostrar y denunciar todos los deseos.

-Usted es un tipo chiflado -Schulze se reía ahora a carcajadas.

Tomás permaneció tranquilo. -Por supuesto que estoy chiflado. Pero no se escandalice por ello. Demasiadas chinchas. Fue por esa causa que el cerebro se desangró. Es más, se desatornilló. Un tornillo se desatornilla. Y así pues, piense usted que se habla de los tornillos madres, que los ingenieros distinguen entre las partes femeninas y las masculinas en las máquinas, y que también las máquinas se encuentran llevando a cabo permanentemente relaciones sexuales. Si uno se da cuenta de todo esto, cómo es posible que uno no se desatornille; usted, sin duda, ya lo está sólo de oír.

-No pienso así. Yo lo encuentro a usted tremendamente divertido, me río y aguzo el oído.

-Sí, sí: aguzar el oído, allí tiene usted de nuevo al perro, que representa al padre, el guauguau para los niños traviesos, o el caballo, que el niño monta. Por cierto, la mujer también es caballo, pues el hombre la jinetea. Y sí, el oído tiene una valva, igual que la mujer, y el conducto auditivo...

Schulze titubeó, después chasqueó los dedos, se metió de nuevo las manos en los bolsillos de los pantalones y se puso a dar grandes zancadas. -Ah, ahora lo comprendo. Imagínese, señor Mundete, quién sabe dónde, por allí en Baviera, vi una vez una representación de la Concepción, era algo muy singular. Arriba estaba sentado nuestro amado Dios y tenía una especie de megáfono en la boca, llegaba hasta el oído de María, y a través del tubo transparente volaba la paloma directamente al oído de María. Ahora lo comprendo -se alegraba tanto de su descubrimiento que cada vez corría más de prisa.

-Paloma, oído, sordo -jadeaba el gordo Tomás ya sin aliento junto a él-. La paloma es el pájaro de Afrodita. Por eso, todo se confunde. Permítame, deténgase un momento. No tengo pulmones como los de usted -cogió al viajante por el saco y lo detuvo.

Allí está El Esforzado Caballero -Schulze apuntó hacia una casa, arriba de cuya entrada se veía galopar a uno con armadura sobre un caballo de fierro.

-Antes que nada, infórmeme cómo es que llegó a trabajar para una compañía de vinos. Usted no nació para eso.

-Correcto. Una vez estudié, estudié medicina. Pero la botella me hechizó, y como viajante de una compañía de vinos la tengo en la más cercana cercanía.

-Sí, sí, la botella, mamón. La botella y el vaso, eso también es la relación entre hombre y mujer. Estoy convencido de que la botella surgió mediante la violencia del contagio interior de los jugos testiculares. Y el vaso y la virginidad también se corresponden.

Schulze retomó la palabra relación. De verdad que lo divertía ese hombre con su cerebro de malabarista. -La relación es el fundamento de la vida moderna. Vías de comunicación, modos de comunicación, facilidades de comunicación. Cuando lo oigo hablar así, se me ocurre la idea de que nuestra época ha llegado a la más alta cima en cuestión de comunicación; pues antes, en otros tiempos, se redujo la muy natural relación entre el hombre y la mujer a la condición de pecaminoso secreto, y así los testículos y los ovarios mediante... ¿cómo fue que lo llamó?, el contagio interior, se vieron obligados a buscar otras salidas.

Tomás puso cara de serio. En ese momento, un par de estudiantes pasaron corriendo junto a ellos y entonces se le antojó jugar al maestro. -Y usted, estimado, opera demasiado con sustituciones. El comerciante se ha apegado en su modo de pensar, precisamente, al intercambio de mercancías. Se sustituye una mercancía por otra, o bien por dinero. Pero usted se olvida de que, en estos negocios, siempre se debe estafar a alguien. Sin embargo, quizás usted tiene razón. A pesar de todas las carreteras, trenes, telégrafos y teléfonos, nuestra época me parece una estafa si la comparo con la de Boccaccio.

-Negocio -interrumpió el viajante-, acuérdesse de sus explicaciones sobre la acción de cagar. Hacer negocios al mayoreo y al menudeo, *en gros y en détail*. El Esforzado Caballero adquirió recientemente excusados. Pero yo aun conozco lugares donde, sobre la fosa séptica, hay una construcción con su tabla para sentarse y los hoyos correspondientes para tres personas, una al lado de la otra, que suelen charlar cómodamente.

-Hoyos, lentes. Es curioso que las gentes les atribuyan erudición a este objetivo del oscuro apremio. Educado y evacuado, quizá es la misma cosa. Justamente, también es un microcosmos, un mundete, un mundito, sí, todos somos retretes en movimiento, pues tenemos constantemente porquería dentro de nosotros. Pero ya que se empieza a hablar tanto del asunto, me dan ganas de probarlo y rápido tiene que ser, en eso soy un niño -al instante, Tomás se apresuró a entrar al hotel, atropelló a un señor pequeño y gordo, que llevaba sombrero de copa y un látigo, luego desapareció, sin preocuparse en absoluto del mesonero y del portero, en el ponderado baño. De ahí regresó cargado de nuevas locas ideas, que ofreció para contento de los parroquianos durante la partida de bolos.

El juego se llevó a cabo. Se formaron los partidos. A un lado, se agolpaban alrededor del comerciante en vinos: Weber, el dueño del hotel, que parecía buscar, en la lejanía, con sus ojos vidriosos, grandes toneles de vino; un tal "señor director", del que luego se supo que era director de una fábrica de celuloide y, por ello, se molestaba cada vez que alguien tiraba un cerillo o una colilla de cigarro, pues tenía un miedo habitual del fuego real y espiritual, así que intentaba apagar con fuertes patadas cualquier brote de fuego; y un cajero, un tal Leberecht, que traía entreabiertos los faldones de la levita, abotonada tímidamente, y así se lograba ver un triángulo vacío, desde hacía tiempo, en los pantalones, arrugados y fruncidos, semejantes a la imagen que uno podía hacerse del rostro de su "vieja", a la que nombraba en cada oración. El otro partido se componía del médico, el farmacéutico y el veterinario, quienes a causa de la pérdida fueron condenados a anexar a Tomás, nada versado en el juego de bolos.

-Así pues, ya ganamos el juego desde el comienzo -dijo riéndose el director de la fábrica, mientras hacía rodar frente a él la bola y se detenía con el brazo izquierdo en los faldones de su levita-. Con dos de la Facultad de Medicina basta, pero ya con tres... -Comprobó con satisfacción que había derribado seis bolos-. Tres hacen perder a todos, hasta en un partido de boliche.

-Ponga nada más cuidado de que su bola no vaya a estallar, pues la lanza usted salvajemente -se oyó la voz apagada que salía desde el estómago del doctor, que miraba desdeñoso y con desprecio las lentas acciones del hombre del celuloide. Lanzó la bola con un fuerte impulso, ésta logró azotar los pinos, para caer luego en la zanja-. Eso tiene que lanzarse hacia fuera, como si se hubiera tomado aceite de ricino. ¿Sólo tres? Sí, también vale. Hágalo mejorcito, Schulze.

El comerciante en vinos ya estaba parado allí, sonrió y sin decir una palabra tiró ocho bolos.

-Bravo -gritaron-, y ahora viene el envenenador.

El boticario se puso a bailotear y, con un osado movimiento de su untuosa cabeza, consiguió echar para atrás unos ricitos de artista que se le habían caído en la frente, en la larga búsqueda de una bola muy ligera; entonces le gritó el impaciente dueño del hotel: -¡Ándale, hombre! La bola no es una píldora, que tenga que ser manoseada.

-Silencio, pues, déjenlo darle vueltas, mientras más vueltas le den a una cosa, se resbala con mayor facilidad -advirtió el doctor Kuno-. Cuatro sólo. Así no podemos ganar.

El hotelero aventó, entonces, la bola y corrió tras ella. Sus ojos saltaron todavía más lejos que nunca. Se limpió la mano en los pantalones y se alegró de haber tumbado los pinos. -Suenan como si fueran botellas de sidra -opinó mientras se regocijaba por sus ocho bolos.

-Así -vociferó Schulze y se frotó las manos-, el doctor y el boticario fallaron. Ahora le toca su turno al cuadrúpedo colega con su curación de caballo y le deja el resto al partido.

Allí estaba el veterinario en mangas de camisa, moviendo el brazo que lanzaría la bola hacia atrás y hacia adelante varias veces. -Igual que si quisiera poner una lavativa -bromeó el doctor; por fin, hizo su lanzamiento, colocó las manos en el trasero y se puso a mirar con la cabeza gacha en dirección de los bolos-. Ocho -gritó lleno de satisfacción y se dio a sí mismo una nalgada, que retumbó-. Así se juega en Venecia.

El siguiente fue el cajero. Empujó una bola leve y se fue agachando lentamente, de manera que los faldones de su levita se separaron aún más, luego intentó, mediante extraños giros de su saliente, huesudo y enjuto trasero bajo el arrugado pantalón, mejorar el rumbo de la bola. Los pinos se estrellaron unos contra otros. -Chuzza -retumbó desde arriba; el sonriente y satisfecho héroe se alejó con estas palabras-: Y en otros pueblos marinos -tomó de la mesa su tarro de cerveza, soplando le tiró la espuma y bebió.

Todos miraron tensos a Tomás, quien sentía una extraña taquicardia desde que había oído el grito de "chuzza". La amabilidad general lo inhibió, reflexionó un momento en la conveniencia de explicar que él no podía jugar; pero, luego, cerró los ojos, valiente, en un repentino arranque de ánimo contrario y lanzó. -Chuzza -retumbó de nuevo. El cajero paró de beber, el doctor Kuno se quitó los lentes para limpiarlos y el veterinario se reía del griterío y dijo-: De algo sirvió la curación, nuestro caballito va viento en popa.

La ronda empezó de nuevo con alternancias en el éxito, pero cuando le tocó el turno a Tomás, primero derribó ocho alrededor del rey y, luego, hizo otra vez chuzza, lo que decidió el juego a favor del partido de los doctores. Se armó un gran relajó, se felicitó impetuosamente al gran derribador de bolos y todo culminó en que fue honrado con invitar una ronda de aguardiente.

Comenzó un nuevo partido, se repartieron los jugadores y esta vez Tomás vino a dar al equipo contrario al doctor Kuno, quien insatisfecho opinó que ya podían irse, pues no sería posible hacer nada contra tal contrincante, mientras que el hotelero, en cambio, descorchó una botella de vino de Rudesheim para rociar su buena suerte al haber obtenido al gran jugador de boliche, Mundete.

Pero la suerte había cambiado. En la primera ronda sólo logró tirar dos pinos; en la segunda, cuando se puso a imitar el violento juego de Kuno, hizo zumbir la bola de manera que parecía crepitar y, entonces, sólo logró una canalita; y ya enojado y apenado, a causa de la frialdad creciente de sus admiradores, intentó conjurar la suerte por tercera vez al agacharse como el cajero, doblando las rodillas, y con la ayuda del Todopoderoso trató de guiar la bola; pero ésta se fue yendo hacia la orilla. Cuando vio venir la desgracia, desesperado, hizo girar su vistoso trasero y sus pantalones se estiraron, entonces, peligrosamente. De nada sirvió, tampoco sirvió de nada que, lleno como estaba de furia por su adversidad, se irguiera y, separando las piernas, volviera a agacharse con toda energía y sensibilidad. Sólo el pantalón crujió. La bola falló y entre las piernas de Tomás, en lugar de la costura, hizo su aparición una grieta, a través de la cual se alcanzaba a vislumbrar sus calzoncillos blancos. Estalló una sonora carcajada, que se renovó cuando Tomás, muy perplejo y deteniéndose los pantalones por detrás, se apresuró a llegar a la silla más cercana y al sentarse descuidadamente la costura continuó reventándose, por su tontería.

-¡Cuidado! Que se sale usted por la parte trasera de su pantalón -le gritó el comerciante en vinos, cuando Tomás se levantó asustado.

-Así, cuando menos, no necesita desabrocharse primero por delante cuando quiera hacer pipí -se rió a carcajadas el cajero-, como niño chiquito, al que no le han enseñado a abotonarse.

-Es un pantalón de mujer -decidió el doctor y se puso a revolver en sus bolsillos-. Pero yo voy a curarlo. Venga para acá -se había sentado y agarró a Tomás entre sus rodillas. A éste le escurría el sudor por la frente y, espionando con miedo la mano de Kuno, dijo-: ¡No vaya a cortar, no vaya a cortar!

-No, no, mi estimado, no quiero castrarlo, sólo hacerlo hombre de nuevo. Uno de mi condición puede hacer las dos cosas.

-Partero para dentro y para afuera -se burló el hombre del celuloide.

Kuno había unido la hendedura por delante con un seguro, luego volteó a Tomás e intentó juntar las piernas del pantalón, que estaban muy separadas, sobre la carnosa curvatura.

-¿Conocen ustedes la historia de Adán y Eva? -preguntó el veterinario-. Cuando el buen Dios creó al hombrecito y a la mujercita, les dejó a ambos abierto desde el ombligo hasta abajo, de manera que los restos de las encantadoras frutas del paraíso pudieran salirse rápidamente, antes de comenzar a podrirse en el estómago. Pero las dos criaturas encontraron eso muy incómodo, pues siempre tenían que caminar con las piernas abiertas para no quedar pegajosos por abajo. Fueron ante la presencia de Dios y le pidieron que les cosiera la barriga. Bien, dijo él, pero para que una perfectamente, necesito bramante para coser. Tengan, metió la mano en su bolsillo y le alargó a cada uno una moneda. Vayan a la tienda y consigan un buen cordel. Adán fue obediente y trajo un lindo pedazo de cuerda, que el buen Dios le cosió y, ya que era muy larga, le hizo un buen nudo al final y dejó colgando lo que le sobró, así como aún lo traemos con orgullo en la actualidad. Sin embargo, Dios miró pensativo el pedazo que traía Eva. Era muy corto, pues Evita, al ver en la tienda el tarro de los caramelos rojos, había pensado que lo mismo daba la mitad y se había comprado cinco centavos de bolitas de caramelo para chuparlos. El buen Dios cosía y cosía, pero el pedazo no ajustaba y cuando terminó, entonces Dios arrojó enojado la aguja, para luego decir; en castigo tendrás por siempre y hasta la eternidad un hoyo, allí donde le anudé una colita al bueno de Adán, y se irá haciendo cada vez más grande a medida que tú pretendas rellenarlo.

-Ja, ja, ja -se oyó en derredor y-: De nuevo, ya está el hombre listo -dijo el doctor-. Podemos seguir jugando.

Siguieron jugando, pero los resultados de Tomás continuaron empeorando. Se dedicaba a cuidar que la costura no fuera a reventar de nuevo y se puso muy confuso, a causa de los chistes que estaban diciendo a su costa cada vez que se le salía el seguro.

-Sí, además, hubiera usted colocado una cinta de seguro a seguro entre las piernas, doctor, estaría lista de nuevo la virgen -dijo burlándose el cajero y, cuando Tomás con gran desesperación por sus fracasos intentó lanzar la bola con las dos manos, opinó secamente-: Ahora él es toda una tía Augusta, como cuando la fiesta de aniversario -eso era ya demasiado. Tomás fingió protegerse contra el cansancio y se salió del juego y, como tampoco se acababan las frases cáusticas sobre la tía Augusta, se deslizó hacia el otro extremo de la pista y se sentó junto a los muchachos-para-bolas, para así continuar observando el juego.

-Chuza -se oyó de nuevo, y, cuando entre los jugadores se renovó la usual gritería pidiendo aguardiente, lo que marcaba una pequeña pausa en el juego, entonces comenzaron a platicar los dos muchachos.

-Y si yo te lo cuento -se acaloró el mayor, un muchacho flacucho de unos nueve años de cabello corto y rojizo, que tenía ojos café oscuro-. Primero, la Catalina estaba así de gorda... -se esforzaba en sacar el estómago, para mostrar que no le alcanzaba, y puso sus manos mugrosas sobre esa imitación de un cuerpo embarazado-, luego vino la vieja Lena con una bolsota así negra, donde siempre se decía que guardaba comida para la cigüeña. Al rato de que llegó, la Catalina empezó a gritar, como si la tuvieran clavada en una estaca, y luego me mandaron por el doctor, y el también traía una de esas bolsas, que me dio para que se la cargara, y cuando uno la movía, sonaban como fierros y yo sentí los piquetazos de un par de grandes cuchillos de carnicero, ya sabes como cuáles, como esos con los que se corta el jamón.

El otro muchacho oía con la boca cerrada. Luego, se subió los pantalones, que tenían una mala manera de resbalar, pues obviamente eran los pantalones de trabajo que el padre había dejado, con las piernas recortadas; se hurgó la nariz con un dedo y dijo: -Tú puedes hablar buen rato, eh, ya lo creo.

-Y si yo te contara. Yo bien sé lo que es la punta de un cuchillo. Y luego fue a donde estaba la Catalina, y yo me quedé oyendo desde afuera, y todo estaba en silencio, y de repente se puso ella a gritar, gritar, igual que cuando degüellan a una marrana. Y luego luego berreó el chiquillo. Así es la cosa, el doctor les corta la panza a las mujeres y sacan al niño. Y luego sangra. Si sabré yo lo que es la sangre.

-Y si el doctor no está allí, y rara vez está allí... -irrumpió el pequeño.

-Entonces, la panza revienta sola. Puedes ver que desde el ombligo hasta la colita no está bien cerrado, allí se revienta.

-Las mujeres no tienen colita -dijo el chico, que aún no se dejaba convencer, aunque no encontraba una objeción pertinente.

-Cuidado -se oyó desde abajo. El director de la fábrica estaba ante las bolas escogiendo su proyectil.

Tomás dejó vagar su mirada del hombre que estaba al inicio de la pista a los bolos. Atontado comenzó a contar. Nueve pinos y en el centro el rey completaban una curvatura. Embarazo, cruzó por su mente.

En ese momento, el director lanzó uno de sus cuidadosos tiros. Lentamente llegó la bola rodando. De repente, Tomás estaba allí parado a la mitad de la pista, extendió los brazos y se puso a gritar: -El doctor, el doctor -y paró la bola con el pie.

Los jugadores no comprendían lo que estaba pasando y menos podían entender a Tomás. Él permaneció de pie frente a los pinos y desoyó la advertencia de que no estorbara el juego, mientras continuaba parando todas las bolas al grito de: -¡El doctor!

Entonces saltó el doctor Kuno. -Ya va para allá -gritó y, con toda su fuerza, dejó rodar una bola por la pista.

-Así no, por el amor de Dios -Tomás pegó un salto y dejó pasar la bola bajo sus pies. Se estaba deteniendo los seguros con las manos, con una el de adelante y con la otra el de atrás, y ya que una bola zumbaba tras de la otra, él daba brincos artísticos, igual que una niña brincando la cuerda, eso sí, gritando cada vez más fuerte: - Pero eso es toda una mentira, eso es mentira.

-¡Quítese de la pista! -vociferó el dueño del hotel-. No tiene nada que hacer allí.

-Fuera de la pista -se oyó desde todos los lados y detrás de los muchachos-para-bolas, que se morían de risa, la cosa también se puso al rojo vivo, gritaban: -Fuera -y cuando ellos vieron que el veterinario alzaba un cuartillo de cerveza, con toda la intención de vaciarlo en la cabeza del necio, tomaron las armas de la chiquillería callejera y bombardearon con piedras al grande y gordo monstruo, que seguía brincando, aunque ya no veía ninguna bola.

Tomás bramaba ahora como un animal furioso y dirigía su mirada hacia el montón de jugadores que se le acercaban, se proveían de palos y vasos de cerveza y se reunían en una columna de asalto. Luego él retrocedió y agarró a los dos muchachos, los levantó en peso, los estrelló cabeza contra cabeza y, después, aventó a uno hacia la derecha y al otro hacia la izquierda. Aunque la obrera maestra fue poco significativa, dejó perplejos a los héroes de los bolos y, sobre todo, cuando Tomás se agachó, recogió el pino-rey y, blandiéndolo sobre las cabezas, gritó: -¡Infanticidas! Al primero que se acerque, le hago puré la cabeza.

El primero en la fila era el hotelero, cuya mirada se puso más fija que de costumbre, como la de un gato al que se mira de hito en hito; giró la cabeza hacia un lado y luego hacia atrás. El valiente grupo se había detenido por miedo, hasta atrás estaba el doctor Kuno, que sólo gritaba: -Agárrenlo, se volvió loco. *Paranoia acuta*, agárrenlo -al decir esto, brincaba hacia adelante y hacia atrás, según prevaleciera su conciencia médica del deber o su instinto de conservación.

De la casa llegaron corriendo unas mujeres, a quienes el barullo había atraído; entonces el hotelero respiró aliviado y gritó con la sensación de ser muy hombre: -Llame al mozo, Albina.

Tomás bajó de repente el pino-rey, sus ojos excitados se calmaron y sin decir palabra abandonó la pista. Y cuando detrás de él se vino toda la banda, se dio la vuelta y señaló al pino-rey, que aún traía en la mano.

Todo se quedó quieto, pero al seguir caminando Tomás, se oyó la voz rijosa del hotelero. -Fuera de mi casa. Albina, arroje las cosas de este limpio señor a la calle. ¡Fuera! -Estaba allí como un general, con una mano en los botones de su chaqueta, la otra alzada imperiosamente, y en sus ojos fulguraba, por primera vez desde hacía mucho tiempo, algo que parecía vida.

Tomás bajó la cabeza y salió. Detrás de él retumbó la voz del cajero: -Está perdiendo su cinto de Diana -Tomás agarró el seguro, mientras estallaba tras él una tremenda risotada, y se dirigió lentamente hacia la calle. Ya estaba allí su maleta y, encima, su bastón y su sombrero. Se caló el sombrero, aventó con el pie el bastón y se sentó sobre la maleta; luego, se puso el pino-rey, que conservaba en la mano, entre las piernas y lo balanceaba, mientras muy triste contemplaba la rotura del pantalón y el seguro en la parte delantera.

Después de un rato se levantó y colocó el pino con mucho cuidado frente a la puerta de la taberna. Tomó luego maleta y bastón y se dirigió apesadumbrado a la estación. En aquella sala de espera completamente

vacía, se sentó en una esquina y se puso a pensar. Y cuando se le acercó un empleado para preguntarle en cuál tren iba a viajar, él le ofreció una propina y le pidió que se parara frente a él y que no se fuera a dar la vuelta; en seguida sacó de la maleta un traje claro, que estaba allí, y se lo puso.

El portero había visto su proceder a través del espejo y amenazó a Tomás por violar el reglamento de los Ferrocarriles, pero éste lo volvió a acallar sonantemente y después se quedó dormido.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck

Volver a Newsletter 25-ex-51